

# LA UNIVERSIDAD

ORGANO DEL INSTITUTO NACIONAL DEL MISMO NOMBRE

## PRO CERES DE LA INSURRECCION DE 1811

JOSE MATIAS DELGADO

Nicolás Aguilar

Manuel José Arce

Mariano de Lara

Pedro Pablo Castillo

Francisco Morales

Manuel Aguilar

Domingo Antonio de Lara

Juan Manuel Rodríguez

Juan Delgado

Carlos Fajardo.

### SUMARIO

- I Dedicatoria
- II --Himno del Centenario
- III --El Padre Delgado
- IV --La gloria del General don Manuel José Arce
- V --El General don Manuel José Arce
- VI --Legendaria Destile
- VII --Juan Manuel Rodríguez
- VIII --Enseñanza cívica
- IX --Pasado y Futuro
- X --Pensamientos
- XI -- Don Manuel José Arce

Noviembre de 1911

SAN SALVADOR.

TIP "LA UNION"



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,  
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR



---

---

# LA UNIVERSIDAD

ORGANO DEL INSTITUTO NACIONAL DEL MISMO NOMBRE.

Director. VÍCTOR JERÍZ.

---

---

SERIE VIII.

San Salvador, noviembre de 1911.

NUMERO 9

---

---

## *“La Universidad”*

*dedica el presente número á la conmemoración del centenario del primer grito de independencia de la América Central, dado en San Salvador el 5 de noviembre de 1811, y en loor de los ilustres patriotas que tomaron parte en aquel acontecimiento, digno de perpetua recordación.*

---

# HIMNO DEL CENTENARIO

POR CALIXTO VELADO

## CORO

*Que en nuestros confines,  
dianas de clarines,  
batir de tambores  
y salva guerrera,  
nos anuncien los patrios albores  
que bañaron en luz tu bandera!*

## I

Con orgullo y marcial continente,  
y al Trabajo entonando canciones,  
vé, Pueblo potente,  
que quitas y pones  
las coronas que altivan la frente!

## II

Se alza ya tu estrellada bandera  
como lanza que rompe la esfera;  
ya luce la aurora  
de paz precursora  
y en los pliegues su luz reverbera!

## III

Que tus hijos, con fuego en los pechos,  
como en tiempo de lucha los quieres,  
sancionen derechos,  
consagren deberes,  
amplios unos, los otros estrechos!

## IV

Que el trabajo mantenga plantado  
su pendón en la altísima sierra,  
y siga el arado  
rompiendo la tierra  
como rompe el Presente al Pasado!

## V

Tras el rudo fragor del torrente  
que se rompe en la gran catarata  
con cólera hirviente,  
siga cual serpiente  
deslizándose el río de plata!

## VI

¡Ceres, próspera! el campo te aclama  
y te ofrenda el preciado tributo;  
el café se inflama,  
y cede la rama  
formando arcos al peso del fruto!

## VII

Ahí están tus arcadas triunfales!  
La uva roja que guarda el café,  
por anchos canales  
pasando á raudales  
limpia y libre de sangre se vé!

## VIII

Ya descienden los toros fornidos  
la vacada dejando en la sierra;  
no escarban la tierra,  
ni lanzan bramidos  
que resuenan cual trompas de guerra!

## IX

Vive, Patria, tranquila en tu huerta,  
pero no tan confiada y tranquila,  
que, dejes la puerta  
propicia y abierta  
á las hordas sin leyes de Atila!

## X

Nuestros padres, con ánimo ardiente,  
te imprimieron el libre albedrío,  
y en la sacra fuente  
del eterno río,  
el bautismo de luz en la frente!

## XI

Descendientes de altivos hispanos,  
invocaron derechos humanos,  
formando á tu escudo,  
lanzas, con las manos,  
en el asta del brazo desnudo!

## XII

Llegan hoy á tus nuevos altares  
los artistas devotos y fieles,  
tu cielo y tus mares  
les darán pinceles,  
y armonía y calor tus cantares!

## XIII

A la sombra del árbol sagrado  
donde el indio lloraba sus penas,  
hoy, Patria, le es dado,  
gustar un bocado  
con la miel de sus propias colmenas!

## XIV

Hoy el indio, después de la brega,  
su tabaco aromático, saca,  
y en la solariega  
cabaña, se entrega  
al descanso tendido en su hamaca!

## XV

Bien merece esa raza sufrida,  
tener paz, bienestar y sosiego!  
Sin culpa, en la vida,  
tuvo suspendida  
sobre el rostro una espada de fuego!

## XVI

Levantemos al cielo la frente  
contemplando la esbelta palmera;  
la besa el ambiente,  
y, flota imponente  
como flota tu heroica bandera!

## XVII

¡Noble Patria! levanta tu escudo  
que es emblema de luz y progreso!  
Que mi labio rudo  
le envíe un saludo  
y al través de cien años,—¡un beso!

San Salvador, 1911.

---

## EL PADRE DELGADO

### BOCETO BIOGRAFICO

---

Entre los que más lucharon por hacer de Centro América una República independiente, la Historia honra señaladamente al sacerdote salvadoreño José Matías Delgado, nacido en esta capital en 1767.

Terminados sus estudios en Guatemala, donde se doctoró en Cánones y en Jurisprudencia, vuelve á esta capital, y unido á don Manuel José Arce, trama una conspiración con el objeto de deponer al Corregidor y apoderarse, en servicio de la revolución que meditaba, de tres mil rifles y de doscientos mil pesos del Gobierno español. Esta es la famosa conspiración de 1811. La Capitanía General, juntamente con los soldados de Aycinena, que combatían á los revolucionarios, envía á un clérigo, el Padre Vidaurre, para que anatematice la libertad.

Los conspiradores dan su ofrenda á la República en las prisiones, en los castillos, en la tortura y en el sepulcro. El Padre Delgado se salva merced á su calidad de sacerdote y á su política, hábil y diestra, y reconcentrado á Guatemala se liga con José Cecilio del Valle, José Francisco Barrundia, Pedro Molina y otros, futuros padres de la patria, con los cuales, al saberse el pronunciamiento de Méjico, y agitando fuertemente el sentimiento popular, obliga al Capitán General Gaínza, á presidir la junta que extendió el acta de 15 de septiembre de 1821. Centro-América era libre.

A este tiempo los salvadoreños se sublevan contra el Jefe Político Barriere. Delgado es nombrado pacificador por la Junta Provisional, que hacía de Gobierno mientras se daba á Centro-América una constitución, y de que él era miembro. Llega al Salvador, cambia los malos empleados, pone en libertad á los patriotas, organiza la Junta Consultiva que pedía el pueblo, tranquiliza los ánimos; y al querer volver á Guatemala, sabe que la aristocracia, disponiendo de la libertad y soberanía de Centro-América, ha unido la nación al imperio mejicano de Agustín I. Delgado levanta el espíritu del pueblo salvadoreño, ya dócil á su voz: á su cabeza protesta en repetidos combates contra el improvisado monarca, y no se rinde sino cuando la dignidad se ha salvado á fuerza de heroísmo.

Derrocado el imperio, Centro-América ve instalarse su primera Asamblea, que presidida por el Padre Delgado, promulga la primera constitución de la naciente República. Singular destino el de este hombre! Delgado, que había firmado el acta de 15 de septiembre de 1821, firma esta vez otra acta de independendencia, que nos separa de Méjico, el 1º de julio de 1823.

Hasta aquí la vida del Padre Delgado arranca elogios hasta al juicio menos esclarecido: su constancia, su firmeza de convicciones, el haber renunciado á las ventajas que á un hombre de su posición é inteligencia habría ofrecido el que se creyó desde luego poderosísimo imperio, las persecuciones que padeció en cambio, su valor, su habilidad como político, todo



considerado desde el punto de vista de su época, le enaltecen y glorifican señaladamente: el aplauso suena sin reticencias. Ahora entramos al período en que los pasos atrevidos de su vida pública ponen á prueba el criterio de nuestros historiadores.

Convencido el Padre Delgado de que la aristocracia guatemalteca, ayudada por el Arzobispo, debilita la influencia liberal para tener al Salvador en su provecho, hace que la Asamblea de este Estado, creando una silla episcopal, le nombre Obispo de la nueva Diócesis;—tanto la nobleza como el Arzobispo Casaus ven en ese nuevo Obispo un enemigo temible, llueven los dicitrios sobre el innovador, el clero salvadoreño se divide en dos bandos, los unos prestan obediencia al Obispo dudoso, los otros son desterrados, lo que, como era natural en aquella época, pone el colmo á la general consternación; hasta que el Papa León XII, con un amago de excomunión, viene á apagar el cisma. [1826]

Pronto se ve envuelta la República de Centro-América en las más grandes dificultades que haya sufrido hasta ahora. El Gobierno del Salvador ha protestado contra el golpe de estado del General Arce, que viene á colmar las aspiraciones de la aristocracia. Delgado, que comprende que el Gobierno de la República camina al mayor despotismo, se interesa grandemente en la lucha, y después de algunos meses de sitio, en un momento de general conturbación, salva los destinos del pueblo salvadoreño: mientras quiere animar al Gobierno del Salvador, que vacila impotente, procura en vano levantar el espíritu de los salvadoreños, desorientado y confuso á tiempo que las fuerzas serviles nos amagan desde su campamento de Mejicanos. [A una legua de la capital].

Delgado pone en juego un resorte que vuelve á hacer vacilar el criterio de la Historia. Hélo aquí. Propone conferencias al enemigo, que amenaza y se impone materialmente. El enemigo acepta, y Pavón y Delgado firman el tratado de la casa de Esquivel; tratado el más humillante para los salvadoreños . . . . . Las hostilidades suspensas durante las negociaciones, han dado tiempo de reponerse á los sitiados:

El Vice-Jefe Prado, antes indeciso, sorprendido de que el Padre Delgado, de entereza proverbial, haya firmado un tratado así de humillante, lo lee al pueblo: el pueblo se indigna, pide el combate: y el Padre Delgado, contento de su obra, salva á su patria á costa de su popularidad.

Las fuerzas sitiadas ponen contra sitio al enemigo, y el ejército servil capitula.

A pesar del incidente de la mitra, Delgado desempeñó la Vicaría del Salvador durante los últimos años de su vida, has-

ta el de 832, en que murió de sesenta y cinco, produciendo el duelo nacional más verdadero. (1)

*Sus virtudes fueron grandes; y sus faltas á lo grande.*

## II

### Punto culminante

EN LA VIDA POLITICA DEL PADRE DELGADO.

¿De dónde nació la Asamblea de 1823? Moralmente nació de un acto de heroísmo.

Nació de la resistencia del Salvador al Imperio Mejicano.

¿Qué habría sido sin ella, de esta idea de «una nacionalidad centroamericana?»

Vacilantes, el 15 de septiembre de 1821, sobre la suerte del gran Istmo, los que ejercían el poder, á cuyo frente estaba el Capitán General español, los altos empleados y el ejército: vacilantes el partido de los propietarios y su jefe.—el sabio don Cecilio del Valle, irresoluto, antes de la independencia, para proclamarla como para reprimirla, el 15 de septiembre para declararla como para combatirla; reticente en su famoso discurso de ese día; ambiguo sobre los destinos de la nación en la redacción del acta inmortal; anti-imperialista y ultra-imperialista hasta el punto de merecer, sucesivamente, que Iturbide le soterrase en un calabozo y que de allí le elevase á primer Ministro de su Imperio;—vacilantes casi todas las provincias. Sonsonate, San Vicente, San Miguel, Comayagua, León, Cartago, como la capital, Guatemala de quien recibían impulso;—resueltos todos estos elementos de gobierno, sociales, de partido y geográficos, tan luego como se erigió el Imperio, á renunciar á una nacionalidad propia y á la forma democrática, y á salvar con la unión á Méjico, los unos su poder y su empleo, los otros sus títulos y sus privilegios, aquéllos su reli-

---

(1)—Pocos momentos antes de morir, el Padre Delgado, á quien impresionó para siempre el asunto de la mitra, declaró enérgicamente que el Gobierno del Salvador,—que sucedía á la corona de España en el uso de la facultad concedida por la Santa Sede para hacer arreglos interiores de disciplina eclesiástica, había estado en su derecho al erigir un obispado y al nombrar un Obispo, y ordenó á su albacea que á su nombre reclamara de la Asamblea que reintegrase esos derechos del Estado y borrara toda sombra á su memoria.

¿Contra quién iba á reintegrar esos derechos la Asamblea?

¡Animo poderoso el de aquel hombre!

gión, su iglesia, sus manos muertas; esotros sus propiedades amenazadas por los barruntos de guerra civil; arrastrados,—por ese núcleo que formaban juntos el Capitán General, sus burócratas, los terratenientes de la nobleza, los sabios de la Universidad, el alto y bajo clero con sus centenares de conventos, los capitalistas y el comercio en su mayoría,—arrastrados, decimos, el soldado por su obediencia pasiva, el artesano por la costumbre, el campesino, el indio, por ignorantes é inermes;—arrastrada, en fin, toda la comarca, desde el Usumacinta al Escudo de Veraguas, por la atracción de la secular idea monárquico-religiosa que la arrojaba de rodillas á las gradas de un trono imperial y la uncía al carro de los destinos de una vasta y poderosa ex-Colonia como Méjico,—qué habría sido de esta idea de «una nacionalidad centroamericana», si á esa hora misma nadie la piensa, nadie la dice, nadie la reclama, nadie la predica como el Padre Delgado, aquel hombre que según un contemporáneo y enemigo suyo, tenía «el alma de hierro y el corazón de hierro?»

¿Qué, si El Salvador no responde al grito de este grande hombre?

Esta es la página más sublime de la Historia centroamericana.

En medio del océano de la reacción monárquica, cuando las provincias, desde Ciudad-Real á Cartago, caían en el vórtice del primer imperio mejicano, El Salvador fué la isla de una leyenda épica, donde se salvaron el ideal democrático y el ideal de una nueva Nación centroamericana, que todavía no existía, puesto que ni en las leyes ni en el tiempo y el espacio había tomado aún forma. Si El Salvador no la proclama, el resto de Centro América no habría sabido que ya teníamos una patria y que había que salvarla. (2) Sí, este es el momento sublime. ¡Benditos sean los muertos del Espinal, de Ramírez y

---

(2)—La Constituyente era tanto más la encarnación de las ideas de El Salvador, cuanto que, consultada Centro América por un plebiscito á fines de 1821 sobre si debía unirse á Méjico, ó si se debía dejar á la Junta de Gobierno resolverlo, ó si se debía esperar lo que resolviese un Congreso Constituyente—El Salvador, Delgado á la cabeza, votó en el plebiscito porque se estuviese por lo que viniera á resolver la Representación Nacional. “Era inmensa, dicen las memorias de Jalapa, la mayoría de los pueblos que opinaban por unirse inmediatamente á Méjico.” Hacemos esta cita para que no se crea que el amor patrio nos ciega al afirmar que la sangre salvadoreña derramada en el Espinal, en Ramírez, en San Salvador, en el Guayabal, en el Callejón del Diablo, de nuevo en San Salvador, y en Gualcine, en catorce meses de resistencia al Imperio, fertilizó el ideal santo de la nacionalidad centroamericana.

de San Salvador, porque su sangre fué el óleo que consagró la soberanía de la Nación recién nacida! Todo el año 1822 combatió El Salvador, sin que todavía el resto de Centro América le respondiera. Estas tres primeras victorias, alcanzadas sobre la aristocracia imperialista de Guatemala, estos primeros laureles, las palabras de Delgado que volaban por la prensa despertando la admiración y difundiendo en las gentes su sublime carácter, el reflejo divino de la espada de Arce, en esos trascendentales combates vencedora, crearon el alma de la nueva Nación: ya hubo ciudades en Honduras, en Nicaragua, en Costa Rica, que se preparan á secundar al pueblo héroe.

Empezó, sin embargo, el año de 1823, sin que se sublevasen. A ese tiempo la lucha de El Salvador se trataba cuerpo á cuerpo con el vasto imperio que, sin protesta alguna, se extendía de las fronteras de los Estados Unidos á las fronteras de Colombia. Las fuerzas imperiales, eran batidas en el Guayabal y en el Callejón del Diablo. El alma de esa epopeya es el Padre Delgado; el brazo es Manuel José Arce. Entonces Delgado decía misa en la plaza, bendecía las piedras que iban á arrojar á las imperialistas las mujeres y los niños, batía moneda con el oro de los cálices y las joyas de los altares, fundía las campanas y hacía cañones, levantaba las baldosas de los sepulcros en el pavimento de los templos y sacaba salitré para hacer pólvora. Las ventanas de la ciudad quedaron sin balcones, de que se había hecho balas. Entonces el Capitán General Filísola recibió aquellas respuestas de Delgado, en que habla el heroísmo frío, el republicanismo sincero, la convicción absoluta.

Las fuerzas imperiales, sin embargo, tomaron á San Salvador extenuado; pero se habían librado ya los cinco primeros combates de nuestra Historia, los más trascendentales, los más gloriosos, y esta aclamación de la República democrática hecha á nombre de una nueva nacionalidad, había resonado con admiración en toda la América, en Méjico mismo; y cuando el Capitán General Filísola ocupaba San Salvador, ya el espíritu de San Salvador extendía sus alas sobre Centro América; sí, yá Nicaragua iba á defender la nueva Nacionalidad combatiendo dos veces en Granada, y en Jinotepe, en Rio Brujo, en Managua, en Telica, en León; y Tegucigalpa se armaba contra Comayagua, la ciudad tradicional; y San José derrotaba á la colonial Cartago en Las Lagunas. Filísola al entrar á San Salvador comprendió que la lucha apenas empezaba.

El Imperio de Iturbide se desplomaba al mismo tiempo.

Fué la fuerza moral de todo ese heroísmo la que entonces libró un combate definitivo en el alma de aquel soldado, Filí-

sola, que antes que imperialista, lo había sido de la independencia, de la libertad y de la democracia. Fué entonces, cuando vencido por los ideales de sus enemigos—de Juan Manuel Rodríguez, de Arce, de los salvadoreños, cuya sangre había derramado á torrentes,—reconoció la nueva nacionalidad, que á esa hora no tenía siquiera nombre todavía y á quien Barrundia iba á llamar "*Centro América.*"

Fácil es pensar que sin los catorce meses de epopeya de El Salvador, nuestra ex-colonia, fundida con el imperio, á la caída del imperio habría pasado á formar las últimas provincias de Méjico, como Chiapas.

El Salvador, que había vencido á Filísola en los campos de batalla, vencido á su vez—obtuvo la última, la gran victoria contra aquel apóstata y renegado de la libertad y de la democracia.

Filísola, al marcharse con las fuerzas imperialistas, convocó á elecciones para la Asamblea Constituyente de 1823, 1824, 1825. Esta era ya el símbolo, era el cuerpo tangible de la nueva Nación.

Centro-América existía.

El Salvador la había creado con el soplo de su heroísmo.

### III

#### Síntesis Histórico

##### SOBRE EL PADRE DELGADO

Con los estudios anteriores podemos ya imaginar el fondo, muy vasto en verdad, en que se destaca esta figura de prócer y delinear el conjunto de esta figura.

San Salvador es sólo una ciudad del imperio español.

Es un punto del inmenso mapa que contiene á España, las catorce repúblicas hispanoaméricas, cuatro archipiélagos, las Antillas, las Baleares, las Canarias y las Filipinas, y se percibe apenas bajo la sombra que el rey arroja sobre la faz de la tierra.

Era aquel un vasto reino: tal es el fondo del cuadro: un cielo teñido por el reflejo del trono español.

Hay en ese cielo amenazas de tempestad: Méjico tiende á separarse y á formar una monarquía bajo un príncipe de la casa de Borbón ó un imperio con uno de sus generales libertadores; la prueba fué después Iturbide.

Las colonias del Sur viven de la idea monárquica, y algún

trabajo costará á Bolívar rechazar la corona que le ofrecen los próceres de su independenciam, ansiosos de doblar la rodilla ante las gradas de un trono.

Centro-América seguirá la suerte de Méjico: será pues parte de una monarquía ó de un imperio.

Toda la América Latina estaba adormida todavía en el sueño que vertieron en sus ojos las alas del águila de Carlos V.

La idea de la República en Latino América era el huevo de Colón: una teoría de filósofos, una audacia de cátedra, una cláusula de orador, una estrofa de un poeta: sueño: algunas palabras.

Eso era todo lo que existía de la República bajo el cielo de la inmensa monarquía española.

Se necesitó, en medio de la vasta nacionalidad española que al desplomarse debía despedazarse en varias monarquías é imperios, de una protesta tan alta que se oyese en todo el reino, tan heroica que admirase á las colonias de la América Española, tan persistente que penetrase en todos los corazones, tan dramática que pudiese escribirse á justo título en las páginas de la Historia; y fué alta porque sonó por primera vez en el continente, el arma al brazo los soldados de la nueva idea, bajo el cielo y á la sombra de una bandera hasta entonces desconocida, la palabra ¡República!; y fué heroica porque la ciudad de San Salvador combatió dos años contra los restos de los reales ejércitos que como pedazos de la antigua serpiente monárquica, se volvían para unirse á doquier que reaparecía y tomaba cuerpo el imperio; y fué persistente y penetrante hasta el punto de arrastrar á su causa á Tegucigalpa contra Comayagua imperialista, en Honduras; á San José contra Cartago, en Costa Rica; á León contra Granada, en Nicaragua; y de incendiar con el fuego de la nueva idea republicana, el corazón de todos los autonomistas, de Méjico y de Sub América, que seguían con asombro esta faz nueva y desconocida de la transformación revolucionaria del mundo; y fué dramática esta protesta de la idea republicana ante la vieja Monarquía que quería adueñarse de las naciones que estaba llamando á la vida el soplo de la Libertad, porque fué la lucha entre esta ciudad de San Salvador y todo el resto de Centro América y el Imperio de Méjico, lucha digna de la Historia y de acompañar el reaparecimiento de la República.

Esta fué la primera parte de la obra del Padre José Matías Delgado.

Como prócer de la independenciam es igual á todos los próceres: como amigo de la forma republicana es digno de la admiración de toda la América.

Todo el hombre aparece en esta época, en estos dos años de la resistencia al imperio: lo que él concibió en medio de esta lucha será el programa de la primera época, por cierto la más gloriosa, de la vida de Centro-América. Desesperado de salvar la independencia del poder de Méjico, envía á don José Antonio Cañas á pedir la anexión á la Gran República del Norte: error lamentable que sólo se explica por su horror al Imperio.

Propone á Filísola las bases de un tratado no aceptado, pero que, impuestas por los acontecimientos, serán el bosquejo de la historia que va á desarrollarse: la convocatoria de un Congreso Constituyente de Centro-América que el presidió, y que gobernó dos años la nueva República con tal acierto, que, siendo un gobierno parlamentario provisional, está proclamado por nuestra Historia como aquella forma de gobierno que debiera ser la permanente.

Esta fué la segunda parte de la obra del Padre José Matías Delgado.

Peró triunfante la independencia con la República; y ensayada durante dos años la forma de gobierno federal parlamentario bajo la Asamblea por él proclamada ante el poder del Imperio Mejicano, se encontró el Padre Delgado frente á frente de su segundo error: la adopción del gobierno centralizado; la presidencia al modo americano del Norte, sin la organización americana del Norte: un cesarismo en vez de la federación; un pequeño imperio surgiendo sobre el sepulcro del gran imperio que él había contribuído á derribar con aquel gesto moral que arrebató la admiración de la América.

Entonces encarnó siempre á San Salvador, porque San Salvador representaba la idea del Estado (3), y contra su correligionario en las conjuraciones de 1811 y de 1814, y su general en la resistencia á Méjico y Guatemala imperialistas, contra su amigo y sobrino, el Presidente Manuel José Arce, mártir del error constitucional de abandonar el gobierno parlamentario por la fórmula americana de los EE. UU. del Norte, mantuvo la bandera federal en un sitio de siete meses que terminó por la rendición del ejército sitiador.

De este modo como proclamó en las prisiones la independencia, y en los combates contra el Imperio la República, proclamó la Federación en el sitio de San Salvador, de la hoguera de cuyos combates surgió la figura épica de Morazán, teniendo

---

(3)—Ella por sí sola explica la gestión del Padre Delgado para la creación del Obispado del Salvador.

en alto la bandera de la Unidad y la Libertad de Centro-América.

Esta fué la tercera parte de la obra del Padre José Matías Delgado.

Morazán se hallaba en el comienzo de su brillante gobierno de ocho años, y éste fué quizás un momento favorable para la muerte del apóstol, pues el gobierno cuya forma él perseguía no podía existir ni en las manos de Morazán: esa forma de gobierno había estado en sus manos en la presidencia de la Constituyente de 1823.

#### IV

### En honor del Padre Delgado

#### LA ASAMBLEA NACIONAL LEGISLATIVA DE LA REPUBLICA DEL SALVADOR,

Considerando: que es un deber de los pueblos cultos honrar la memoria de los ciudadanos que han consagrado las energías de su actividad y los esfuerzos de su patriotismo al servicio de los intereses nacionales;

Considerando: que el Presbítero doctor José Matías Delgado trabajó con notable empeño por la grandiosa causa de la Independencia, desde el año de 1811, conquistando para El Salvador la señalada honra de haber sido la primera Provincia del antiguo Reino de Guatemala que intentó romper los lazos que la unían á la Monarquía española;

Considerando: que posteriormente el doctor Delgado continuó en su nobilísima labor hasta verla coronada con el magno suceso de nuestra emancipación nacional, siendo uno de los signatarios del Acta de Independencia de 1821, Presidente de la Augusta Asamblea del año de 1823, y principal factor de la justísima Ley, primera en el Continente Americano, que abolió la ignominiosa esclavitud.

Considerando: que el doctor Delgado fué el más ardiente propagandista de la heroica oposición que hizo el pueblo salvadoreño de anexarse al efímero Imperio de Agustín de Iturbide; que dedicó sus preclaros talentos, su fama immaculada, sus sólidos y merecidos prestigios, á la organización social y administrativa del país, haciéndose muy digno del título de Benemérito Padre de la Patria, que le fué acordado por la Asamblea Nacional de 1833;



Considerando: que en la figura histórica de este ilustre prócer se han encarnado los más altos ideales del patriotismo centro-americano;

Por tanto: interpretando los sentimientos del pueblo salvadoreño, como irrecusable prueba de su admiración y justo testimonio de gratitud nacional,

DECRETA:

Art. 1º—Erijase en esta ciudad una estatua de bronce, dedicada á la memoria del Benemérito Padre de la Patria doctor José Matías Delgado.

Art. 2º—Levántese una suscripción entre todos los habitantes del país, para sufragar los gastos que demande este monumento de la gratitud centroamericana.

Art. 3º—El Poder Ejecutivo designará el lugar donde debe erigirse el monumento; nombrará una comisión de cinco individuos, que se encargará de llevar á feliz término esta obra del patriotismo, y hará que se presten á dicha comisión todos los elementos necesarios para el cumplimiento del presente decreto.

[Aprobado por la Asamblea el 16 de abril de 1901.]

FRANCISCO GAVIDIA.

---

## LA GLORIA DEL GENERAL MANUEL JOSE ARCE (1)

### XI

Rápidamente reseñados los acontecimientos de la guerra que hicieron al Salvador, México y Guatemala, lugar es éste de consignar nuestra protesta humilde contra las imputaciones temerarias, que en hora lamentable, lanzó desde el alto puesto que ocupaba el doctor don José Antonio Alcayaga, contra la gloriosa personalidad del General Manuel José Arce.

Acaso en un momento de angustioso despecho ó de febril delirio, en que sintió clavarse en su corazón las afiladas garras de la envidia, el fanático Diputado lanzó los venenosos dardos del dicitario contra quien, por los eminentes servicios prestados á la Patria, llegó, lleno de gloria, á una altura que mareaba y desvanecía á los pigmeos.

---

(1) De la obra «Historia Patria.»

El 18 de enero de 1832, en el momento de la apertura de las sesiones del Congreso Federal, su Presidente, doctor Alcayaga, leyó un discurso en el cual encontramos estos conceptos:

«Qué temor infundiría el otro hijo desnaturalizado de Centro América (Arce), que nunca supo corresponder á la confianza que los pueblos engañados hicieron en su persona, sinó que abusó del poder envolviéndolos en los desastres de la guerra civil: que en pos de sus particulares intereses, siempre enemigo de los gobiernos establecidos y siempre infiel á los pueblos que alucina, se unió con entusiasmo á los que promovieron la independencia del Gobierno español, resistió la agregación del Imperio mexicano; trató de venderlos al General Filísola por un grado militar, los abandonó en el peligro, y fué la causa de su derrota y sus desgracias.»

Inauditamente increíble es que un hombre de la talla mental del doctor Alcayaga sea el autor de esas líneas, en las cuales no hay una palabra ni una sílaba rigurosamente exacta. Esas infames imputaciones merecen ciertamente los honores de la refutación. Aquí está Centro América libre é independiente, la opinión unánime de la clase dirigente y del limpio elemento intelectual, dando el más solemne mentís; y aquí en las columnas de LA QUINCENA, todos los antecedentes que hemos puesto á la vista de sus lectores, probando que Arce, como Comandante de las armas salvadoreñas, desempeñó con extraordinario acierto y lucidez los más arriesgados cargos de aquel ejército en campaña, y que en la hora suprema del peligro, montó á caballo, á pesar de su grave enfermedad, y corrió á compartirlo con sus partidarios, á quienes acompañó hasta el final de aquella célebre jornada trágica, conducido por sus soldados en una hamaca!

Pero las citas siguientes, que tomamos de escritos nada sospechosos, son todavía más elocuentes que cualquiera otra prueba.

El Coronel Rafael Castillo, que guerreó siempre al lado de Arce y fué el último Comandante de la división salvadoreña que capituló en Gualcince, en un folleto que publicó en 1825, dice:

«El C. Manuel José Arce, no es un liberal formado por el tiempo y las circunstancias: en todos los tiempos, y en todas las épocas ha procurado la libertad de la Patria, y ha arrastrado los peligros. En el año de 1811, cuando esta ciudad dió el grito de libertad, él era uno de los que regenteaban la revolución: fué desgraciada porque las fuerzas contrarias de aquella época se hacían invencibles. En el año de 14 se repitió, y teniendo igual éxito, Arce fué uno de los que más padecieron: sufrió una durísima prisión de largos cinco años, bajo el yugo

tiránico de los que entonces gobernaban; y nadie ignora el modo cómo se trataba á los que eran llamados insurgentes; pero ninguno de estos padecimientos lo acobardaron, lejos de eso, siguió haciendo todos los esfuerzos posibles para lograr la independencia. En el año de 21 contribuyó á levantar al pueblo para proclamarla, y le costó volver á conocer las prisiones, siendo sacado de esta ciudad con otros patriotas, como un traidor; pero Guatemala, que dichosamente había ya jurado la libertad, lo puso libre, y las cosas calmaron por algún tiempo, mas como por desgracia, en aquella ciudad quedaron los mismos gobernantes, todo se hizo precario, y faltando al pacto celebrado el día 15 de septiembre, trató de la agregación á México, echando por tierra el acta celebrada y juramento hecho por la libre voluntad de los pueblos. Pero San Salvador, con su acostumbrado carácter, resistió esta violación: quiso obligarlo Guatemala por la fuerza, y entonces formó su gobierno, y éste encargó á Arce el mando de las armas, que aceptó sin rentas, en fuerza de su patriotismo.»

Marure, en su *Historia de las revoluciones de Centro América*, dice:

«Entre tanto, Arce cayó gravemente enfermo y este incidente resfrió mucho el ardor de las tropas. Filísola no desperdició una coyuntura tan favorable, y el 7 de febrero de 1823 se movió con el grueso de su ejército.»

El Coronel don Manuel Arzú, en sus *Memorias para la Historia de Centro América*, dice:

«Arce marchó á los Estados Unidos del Norte, y desde Belice escribió á Filísola dándole gracias por su humano y generoso comportamiento; pero sin desmentir por sus espresiones la firmeza y dignidad de su carácter.»

El doctor Rafael Reyes, en sus *Datos biográficos sobre don Manuel José Arce*, dice:

«Arce era de un carácter entero y delicado. Estando preso en Guatemala en 1829, y exhausto de recursos, no quiso aceptar, sin embargo, dinero que el General Morazán, de su caja particular, le enviaba por conducto del General Saget, á pesar de repetidas instancias hechas en distintas ocasiones.»

El sesudo escritor Dr. Modesto Barrios, dice:

«Cúpole á don Manuel J. Arce la suerte de los grandes patriotas de la Grecia, de aquel pueblo Maestro de la humanidad hasta en la ingratitud; sirvió á su patria con desinterés y buena fe y tuvo por premio el ostracismo.»

Don Francisco Gavidia dice: «Si se tiene en cuenta el crédito inmenso que después de estos sucesos gozó Arce, al igual de Valle y Delgado, y los altos puestos á que sus conciudada-

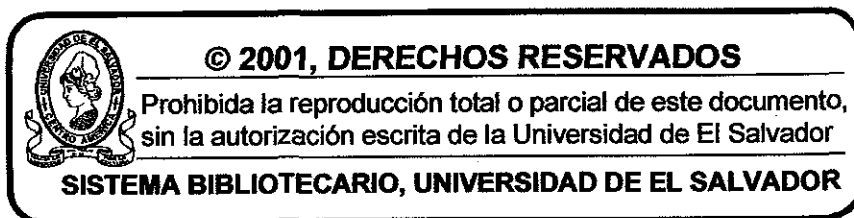
nos le llamaron luego, este cargo (el que hace Alcayaga) nos parece de fuerza dudosa, tanto más depresivo cuanto que en Arce, á pesar de sus faltas, vemos altivez y ambición á lo grande, antes que tan negra ruindad.»

Y por último, para no alargar más las citas «La Tribuna» de 22 de marzo de 1824, que se publicaba en Guatemala, dice:

«El día 15 del corriente, señalado por la Asamblea para que el C. Manuel José de Arce concurriese á prestar el juramento de ley como individuo del S. P. E., se presentó en el edificio de las sesiones, á que había concurrido un numeroso pueblo; y concluido el acto, salió del salón entre las demostraciones de aplauso que le hacían los patriotas, que habían preparado una grande orquesta y salvas de cohetes. Al tomar el coche con el acompañamiento de la Comisión de la Asamblea, EL PUEBLO, Y PRINCIPALMENTE LOS CÍVICOS, SOLTARON LOS TIROS, Y EN SU LUGAR APLICARON SUS BRAZOS PARA CONDUCIRLE, COMO LE CONDUJERON, HASTA PALACIO. Es indecible el entusiasmo que se vió reinar en todos, y muchos los testimonios que recibió del pueblo de Guatemala el caudillo de la libertad de San Salvador, al entrar á tomar asiento en el gobierno.»

En vista de todo lo expuesto, no cabe ya dudar que Arce fue víctima de la osadía, del talento y la elocuencia del doctor Alcayaga, puestos en habilísimo juego aquel día para complacer á su partido: las pruebas de tan tremendas acusaciones faltan por todas partes, y qué sería de la Historia, de la justicia y la bondad, si por el solo dicho de un Diputado rabioso, desprovisto de pruebas y de autoridad, nos fuese lícito mancillar la reputación de un hombre que cayó en la lucha, envuelto en el sudario de sus virtudes!

En épocas de turbulencias y pasiones, nada es tan común como el que contra aquellas personas que figuraron en primera línea, se lancen cargos, los más contradictorios, por cuanto hicieron ó dejaron de hacer. La vanidad de aquellos que no llegaron á figurar como pretendieron; el talento perverso de los otros; el odio y resentimiento de los demás; las mal aconsejadas influencias del sectarismo, y más particularmente, la pavorosa envidia, á torrentes vomitan horrores sobre su víctima, siguiendo inveterada manía. Del seno de los partidos se levantan improvisados oradores, como salen las culebras del jaral, desgarrando las mejores reputaciones. Sin tiempo para meditar ni razonar, fallan siempre sobre los asuntos más graves, por instinto ó por rutina. Jamás se detienen á analizar una idea para formarse una opinión propia y detallada. Lejos de eso, indolentes se dejan arrastrar por el torrente de las vanas imputaciones, adoptan á ciegas la versión que circula.



Ese es el origen de las *mentiras de la Historia*.

En 1814, Chateaubriand, en sus *Misceláneas históricas*, trató al gran Napoleón con una dureza verdaderamente plebeya y tabernaria, para hacer luego, en 1827, el delicioso paralelo entre *Washington y Bonaparte*, que es la más cumplida apología del héroe de Austerlitz.

En Santiago de Chile, en plena Cámara de Diputados, se oyó á un profesor de Historia comparar al probo, demócrata y honorable Aníbal Pinto, con Nerón y con Calígula; y aquí mismo, en pleno Congreso Nacional, á un mal abogado, comparar al más honrado de nuestros gobernantes, General Francisco Menéndez, con Caco y Heliogábalo. Y cuando tales cosas vemos ¿cómo prestar entero crédito á las acusaciones de Catilina por Cicerón?

No.... Arce no fue hijo espúreo de Centro América, ni enemigo de los Gobiernos constituidos, ni infiel á los pueblos que lo adoraban. Los antecedentes que dejamos señalados prueban que Arce ocupaba puesto muy distinguido en la estimación y en el aprecio de sus conciudadanos, y que su nombre, que desde 1811 era justamente conocido por su amor á la libertad, por las sólidas cualidades de carácter que le adornaban, y por su invariable rectitud de juicio, había adquirido esa merecida y cariñosa popularidad que sus servicios á la Patria le habían sabido conquistar.

A Arce le faltó solamente eso que se llama mundo, práctica de la vida: le sobraban corazón y buena fe. Tenía más bondad que perspicacia, y por eso, en cambio de su abnegación y patriotismo, fue calumniado por el doctor Alcayaga. El terrible *væ victis!* de Brenes ya no se dirige á los enemigos armados de la lanza y del trabuco: hoy cae de plano sobre todos los sentimientos nobles y generosos, y sobre cuantos no bajan la cerviz para dejarse corromper.

ALBERTO LUNA.

---

## EL GENERAL DON MANUEL JOSE ARCE

---

Parece obra de maravillas la que llevó á cabo el patriotismo en la segunda mitad del siglo XVIII, al producir un cambio radical en la organización de las sociedades, y nunca se admirará lo bastante á aquella generación de tribunos que levantaron multitudes con el poder de su palabra inflamada; de sol-

dados que se fueron, entre aclamaciones y penalidades, por el camino de la victoria y de propagandistas que hablaron á los pueblos de doctrinas salvadoras y de irrealizables reformas.

A esa *generación de nobles soñadores, de caballeros andantes de la libertad*, perteneció el salvadoreño ilustre, cuyos *datos biográficos vamos á exponer*.

En la ciudad de San Salvador, cuna de tantos esclarecidos varones, nació el día primero de enero de 1787 el señor don Manuel José Arce: fueron sus padres don Bernardo José Arce y doña Antonia Fagoaga y Aguiar, pertenecientes ambos á antiguas y distinguidas familias salvadoreñas.

La educación de Arce, en sus primeros años, se limitó á las escasas nociones que entonces podían adquirirse en una capital de provincia; y por ese motivo sus padres determinaron enviarlo á la ciudad de Guatemala, que contaba con elementos superiores á los de las otras poblaciones del antiguo reino. En aquel centro de cultura, merced á su consagración al estudio y á sus altas dotes intelectuales, adquirió extensos conocimientos en varios ramos del saber humano; y además se relacionó con los principales hombres que representaban el elemento pensador, entre otros, con el eminente repúblico doctor don Pedro Molina, á quien lo unió cariñosa y estrecha amistad.

Era Arce hombre de claro entendimiento, y, observando el estado social de las colonias centroamericanas, llegó á convenirse de que éstas, por sus múltiples riquezas y por los numerosos elementos que tenían, necesitaban separarse de España y conquistar su soberanía é independencia, aun á trueque de los mayores sacrificios.

Joven y animoso, amante de su país y lleno de energía, regresó á San Salvador: Aquí encontró trabajando por la independencia, con fé inquebrantable y actividad nunca decaída, al Benemérito Padre de la Patria, Presbítero doctor José Matías Delgado, y en unión de éste y de otros próceres, organizaron la gloriosa insurrección que estalló el 5 de noviembre de 1811.

Entre las personas más importantes de la insurrección figuraban don Bernardo José Arce, padre de don Manuel José, y primo hermano del doctor Delgado; los presbíteros don Nicolás, don Manuel y don Vicente Aguilar, siendo de notarse que todos ellos eran parientes muy cercanos, pues descendían de don Diego de León, español que vino á Centro América, en unión de siete hijas, las cuales contrajeron matrimonio con españoles criollos de las familias Delgado, Arce, Aguilar, Molina y Aranzamendi.

El movimiento revolucionario debía verificarse en toda la Provincia; pero solamente correspondieron á él unas cuantas

poblaciones. En San Salvador, los patriotas depusieron al Intendente don Antonio Gutiérrez de Ulloa, y á varios empleados españoles; y desde el 5 de noviembre, hasta principios del mes de diciembre del expresado año, la autoridad estuvo en manos de Alcaldes electos por el pueblo.

La primera intentona revolucionaria no produjo la proclamación definitiva de la independencia; pero Arce, de acuerdo con Miguel Delgado, Juan Manuel Rodríguez, los Aguilares y el doctor Celis, continuó activamente sus trabajos de conspiración, hasta que el 24 de enero de 1814 fracasó el segundo movimiento revolucionario.

El señor Arce fué reducido á prisión y permaneció en ella durante varios años, sufriendo toda clase de privaciones, sin que por un momento se doblegara su carácter, ni perdiera su proverbial altivez.

Las autoridades españolas le ofrecieron la libertad con la condición de que revelara los nombres de sus compañeros de conspiración; pero rechazó indignado esa propuesta y continuó encarcelado, con grave quebranto de su salud y notable perjuicio de sus intereses.

A favor de una amnistía general, concedida por el gobierno español, recobró su libertad aquel gran patriota.

Proclamada la Independencia en 1821, se trató de organizar una Junta Consultiva en San Salvador; pero ocurrieron varias desavenencias, y el Intendente don Pedro Barriere ordenó la prisión de Arce y de muchos patriotas, los cuales fueron puestos en libertad por el Padre Delgado, á quien envió la Junta de Guatemala investido de amplias facultades.

En noviembre de 1821, el General Iturbide pretendió que Centro América se incorporara á México; y la Junta de San Salvador, presidida por el doctor Delgado, rechazó valerosamente dicha incorporación y nombró General en Jefe del Ejército á don Manuel José Arce. Después de varios combates las fuerzas salvadoreñas se vieron obligadas á capitular.

La resistencia de San Salvador á las fuerzas de Iturbide es uno de los hechos que más honran al pueblo salvadoreño; de esa gloria corresponde gran parte al doctor Delgado y al General Arce.

Posteriormente el señor Arce emigró á los Estados Unidos, en donde se dedicó á estudiar la organización política de aquella nación, con el fin de ser útil á Centro América.

Decretadas las bases constitucionales para la organización de la República de Centro América, Arce fué nombrado individuo del Poder Ejecutivo y regresó á Guatemala en marzo de 1824; pero no pudo estar de acuerdo con don José del Valle y

renunció el expresado cargo. Se trasladó al Salvador, entró al servicio del Gobierno y se le nombró para que pasara á Nicaragua á restablecer la paz; misión que desempeñó con exquisito tacto y singular acierto.

Los trabajos de Arce en 1811; sus padecimientos desde 1814 hasta 1819; su actividad en 1821; su heroísmo contra las huestes de Filísola; la pacificación de Nicaragua y sus valiosas prendas de inteligencia y de carácter llamaron la atención de sus conciudadanos y fué electo, por la Asamblea, primer Presidente de Centro América, en virtud de que ninguno de los candidatos había obtenido mayoría absoluta de votos. Muchas dificultades se presentaron al nuevo gobernante: la guerra civil se desató con todas sus calamidades, y el General Arce, que patrióticamente se retiró de aquel puesto, fué reducido á prisión y después desterrado.

Por algún tiempo residió en Méjico, y en 1832 organizó una expedición contra el gobierno federal; pero fué derrotado en Escuintla de Soconusco. Después de esto, el General Arce se dedicó á trabajos agrícolas en aquel país; tomó en arrendamiento una hacienda y ahí pasó durante más de ocho años, soportando con su característica entereza todo linaje de privaciones.

En 1843 regresó al Salvador, con el propósito de apartarse de las luchas políticas; pero muy pronto se le persiguió y tuvo que emigrar á Honduras, de donde pasó á Guatemala á levantar fuerzas para combatir al General Malespín. No tuvo éxito la intentona, y solo pudo regresar á su país después de la caída de Malespín.

Durante la administración del doctor don Eugenio Aguilar se trató reorganizar las milicias. con tal fin se creó el empleo de Inspector General del Ejército, y el General Arce fué el primero que lo desempeñó, aunque poco tiempo después se retiró á la vida privada.

Desengañado de las luchas políticas, entristecidos sus días por enfermedades y decepciones, casi en abandono, murió aquel ilustre salvadoreño en esta capital á las tres de la tarde del día 14 de diciembre de 1847. Sus funerales se celebraron con mucha solemnidad, en la iglesia de San Francisco y se le sepultó en la iglesia de La Merced. A estos actos asistieron el Presidente del Estado, los principales funcionarios y muchas personas particulares.

La figura política del General don Manuel José Arce, por su actuación en la Historia de Centro América; por sus inmensos sacrificios en favor de la Independencia Nacional; por la gloria que conquistó al oponerse á la anexión á Méjico; por su



patriotismo y su amor á las instituciones libres, merece un estudio detenido y el afectuoso respeto de todos los centro-americanos.

En los días gloriosos de 1811, envolvieron al General Arce los efluvios de la popularidad; y desde entonces, sin indecisiones de pensamiento, sirvió á la Patria con su espada, que tenía el temple de las que usaron los cruzados, con su voluntad que se había probado en los sufrimientos de la persecución.

Hombre de pensamiento y hombre de acción, era ardoroso en el combate y docto y sereno en el consejo. De él también pudo decirse "que su pluma no embotó la lanza, ni su lanza la pluma." Conocedor de sus conciudadanos sabía comunicarles el entusiasmo que, como luz inextinguible, ardía en su noble pecho y la fuerza de su voluntad, nunca reposada, jamás tranquila, cuando se trataba de alcanzar los más redentores ideales.

En la lucha de las pasiones, su elevado espíritu se mantuvo en atmósfera siempre diáfana; á modo del rayo de luz que no se mancha, aunque pase sobre impurezas.

La muerte lo encontró pobre, á las puertas de la miseria, después de haber sido Presidente de Centro América; después de heredar de sus padres una cuantiosa fortuna, que acrecentó con su trabajo y que perdió en los azares de su vida política.

La tumba del prócer no necesita lápidas recordatorias: el nombre de Arce vive en el corazón de todo salvadoreño que admire las glorias de su país; perdura en el recuerdo de todo centro-americano que ame la libertad y brilla, con fulgor perenne, en las páginas de la Historia Nacional.

Al recordar el magno acontecimiento de la insurrección de 1811, precursor de nuestra independencia, por la que tanto luchó aquel egregio repúblico, tributamos á su memoria un homenaje de admiración, y nuestra gratitud de salvadoreños coloca en su tumba una rama de laurel.

Y un soplo de epopeya pasa sobre ese laurel.

VICTOR JEREZ.

---

## Legendario desfile

---

No está en la órbita de mis facultades poder hacer un estudio psicológico de los hombres de nuestra independencia; pero creo un deber de patriotismo, recordar y enaltecer sus virtudes; llegarme á ellos para que á su presencia se exalte mi fantasía y me haga sentir su recuerdo los oleajes de entusiasmo pa-

tríotico, que conmovieron sus almas en la crisis gloriosa por la libertad, cuando pasaron sus nombres á nuestra historia ó más bien á la historia del mundo, porque las virtudes de tan egregios varones no deben ser admiradas únicamente por sus compatriotas; éllas reclamaban el extenso escenario del universo porque universales son los principios del derecho que éllas proclamaron, porque al mundo corresponde admirar á los que con el esfuerzo de su patriotismo, manifestado ya en los sangrientos campos de combate, en el gabinete del filósofo ó en la tribuna parlamentaria, lograron la más brillante conquista á que puede aspirar el hombre, quien para poder merecer este título, necesita desprenderse de los raídos ropajes del paria y erguir el dorso altivo recubierto por el augusto manto del patriota, consciente de sus derechos y amante de su libertad.

La colonia pletórica de grandeza, dormía sobre sus lauros en los albores del siglo XIX; la embriagaban los aromas de nuestros vírgenes boscajes; se fascinaba al aureo relucir de la riqueza extraída de las entrañas de este suelo; y á la cadencia ominosa de las cadenas del esclavo, no sentía las crispaciones de nervios de aquellos que hipnotizados por el ángel de la libertad, veían en esa inmensa muchedumbre de sumisos vasallos la ola gigante del embravecido mar del mañana que se alzaría al fin sobre la roca en que por tres centurias se habían estrellado sus sufrimientos, para barrer á su paso las algas del despotismo y que la roca altiva sirviera de cimiento al grandioso edificio de la democracia moderna.

\*  
\* \*

## José Matías Delgado

---

La primera figura en ese desfile de titanes, es la esplendente y magnífica del mil veces heroico sacerdote don José Matías Delgado. Ante ese ilustre salvadoreño se detiene la marcha vertiginosa del tiempo; no envejece el patricio; lo vemos siempre vigoroso y fuerte alzarse en la conciencia pública; lo sentimos en el alma al empuñar el fusil para defender los derechos que él nos creara; alumbra con la luz de sus virtudes el sendero de la hidalguía á este pueblo que tanto supo amar, y reprueba con un gesto olímpico, todo aquello que manchar pudiera la historia en que fulgura su nombre y el suelo sagrado en que reposan sus cenizas.

En José Matías Delgado hay material para muchas grandezas. Era un pensador profundo forjado para la lucha; pero ante todo, era un alma abierta á las excelcitudes del bien. For-

mado en una atmósfera diáfana, aunque recargada de prescripciones que cortaban las alas al pensamiento no se apartó de las ritualidades; pero su inteligencia vigorosa abrevó en las fuentes del Sumo Bien; y en su afán de lograr la felicidad de su patria, rompió con mano de hierro las barreras del tradicionalismo y creó la atmósfera de libertad en que se oyó el primer vagido de la naciente patria.

Nutrida su alma en las doctrinas del fundador de la democracia y vigorizado su cerebro poderoso en los principios fundamentales del derecho, no trepidó un momento ante el convencionalismo que concedía la divinidad al Monarca opresor de los pueblos; y sin esquivar responsabilidades, presentó á la furia de sus contrarios, como un baluarte de grandeza que los empequeñecía, aquel noble pecho henchido de pureza, rebozante de honor y de las más eximias virtudes.

Hay que ver en Delgado para admirarlo en cada una de sus faces, al patriota que ante el bienestar de la patria renuncia á las grangerías que como sacerdote distinguido debía disfrutar bajo el régimen colonial. Hay que verlo cuando conjurado el golpe de 5 de noviembre y recluso en la fortaleza del coloniaje, en vez de sentir desfallecer su ánimo ante el fracaso sufrido, cobra en él nuevos bríos, y el prisionero en la Capitanía General, ensancha su esfera de acción y unido á Barrundia, Molina, Castillo y tantos otros, hace crecer los prestigios de la causa de la libertad; y desde su reclusión va con pies de plomo ascendiendo los peligrosos peldaños de la revolución, acumula en el ambiente las mayores energías, reúne las opuestas corrientes y al choque formidable lo vemos encararse á su Prelado y apagar con sus palabras los fuegos del ultramontanismo lanzados á la naciente nacionalidad por la prestigiosa erudición de Valle. Hay que verlo triunfante, dejar las delicias de la victoria para venir á su pueblo querido, ya investido de plenos poderes, á arrancar por su propia mano las cadenas, que habiendo sonado ya la hora de ser libres, aun pesaban sobre Arce, Lara y Rodríguez, los más firmes paladines de la Libertad.

Hay que verlo para deleitarnos en su grandeza épica, cuando ante su patriotismo aparece desafiante, revestido de todo su poder, el fantasma imponente del Imperio; y el heróico sacerdote, caldeando la atmósfera con el fuego de su palabra, arma el brazo de los hijos de este suelo; y le hace los exorcismos con sangre cuscatleca. El Dios de los ejércitos ve con agrado el holocausto. Hidalgo se extremece en la tumba; el reguero de sangre de este suelo, enrojece de indignación la faz de los libertadores Aztecas; y rugen Casa Mata; el trono se desquicia; y ante el altar de la Libertad rueda la ensangrentada cabeza

de Don Agustín 1º; se esconde avergonzado el servilismo y la bandera bicolor vuelve á desplegar al viento sus colores, sostenida por las augustas manos del patricio.

En su alma heroica jamás pudo arraigar el desaliento; no había espacio en ella para la cobardía; la ocupaba toda entera el patrio amor que sentía por este suelo centroamericano; y cuando desencadenadas las pasiones hicieron rugir los huracanes de la guerra civil, es de admirar la actividad de aquel apóstol de la democracia que no se anonada ni ante las desfallecidas huestes que ya prefieren rendirse á seguir soportando el aluvión de la metralla que las aniquila. Y así cuando todos vacilan, vemos que él no trepida y va á las conferencias de "Esquivel" á suscribir la esclavitud, la entrega, el exterminio de su pueblo. ¡Traición! claman los patriotas. ¡No! les responde él, es lo que exige el vencedor ¡ó la esclavitud ó la muerte!—Pues á morir peleando gritan las indignadas legiones!—Y, visto de reojo por los adalides, contempla lleno de gozo que con aquel eclipse momentáneo de sus prestigios ha logrado lo que él se proponía: la salvación de la patria.

Por último hay que verlo llegar á los umbrales de la eternidad erguirse ante ella y avanzar con pié firme, sin lágrimas en los ojos, sin pequeñeces en el alma; y consciente de su propio valer presentarse al trono del Altísimo á recibir el premio de sus virtudes evangélicas, mientras resplandece su nombre en la historia como un sol radioso que nos vivifica para esperar en el sendero del honor el aniquilamiento de las bajas pasiones y el resurgir glorioso de la despedazada Centro América!

\* \* \*

Por hallarse íntimamente ligados á la grandeza de don José Matías Delgado, los dos gloriosos nombres de sus hermanos don Juan y don Miguel, no les consagro párrafo especial. Son ellos el complemento de aquella figura augusta y los resplandores de gloria que los circunda tienen los mismos fulgores, iguales eran por la sangre, iguales por las aspiraciones nobles y de iguales merecimientos por el ascendrado amor que llevaban en el alma y que los hizo afiliarse con todas sus energías en aquella santa cruzada que se inició en 1811.

\* \* \*

## Juan Manuel Rodríguez

Esa otra figura hermosa que compite con Delgado en patriotismo, es la del caballero sin mancha; es la del Alcalde provinciano que lleva en los cristales de sus apacibles ojos los

destellos de su alma diáfana. Es aquel que ante los gemidos de sus compatriotas sintió subírsele al rostro la llamarada de todas las rebeldías.

Es Don Juan Manuel Rodríguez, el conjurado heroico de 1811; el modelo de la hidalguía caballeresca de aquella época de grandeza y de gloria. Lo veo con los ojos del alma llegar al cenáculo de la revolución, modesto en su apariencia exterior, con rostro casi humilde que no revela en su melancolía, las llamas de entusiasmo que lo animan.

¿Qué persigue?—¿en qué piensa? qué espera?—Persigue la libertad de su patria y no lo detiene en su afán el adusto semblante del verdugo que vela. Piensa en el cumplimiento de un deber sagrado que le puede costar la vida; pero guía sus pasos el honor; es la naciente Patria quien lo mueve, es el convencimiento profundo que tiene de que para ser honrado hay que afiliarse á aquel puñado de patriotas que á un revés de la suerte sufrirán mañana la infamante condena de la soga—; y no vacila y el fracaso llega y se entenebrece el horizonte que soñó el patriotismo esplendoroso y grande!

Veo al representante del pueblo esclavo, en aquel febril delirio de 1814 en que los pechos de aquellos locos sublimes llegan hasta las bocas de los fusiles de las hordas de Rossi; y el Alcalde valiente seguido del pueblo denodado, sin más arma que la entereza del patriota, se enfrenta al orgulloso Intendente Peinado y le exige que presidido por él haya un Cabildo abierto, para dirimir las cuestiones entre los oprimidos y los opresores. No llegó á efectuarse tal reunión; pero Rodríguez logra lo que se proponía; la libertad de los hijos del pueblo que representan los municipios de los barrios! Esperaba ese lauro para su frente y lo conquistó su varonil energía.

Muchos fueron sus sufrimientos; las cadenas torturaron sus carnes, pero en el día de las reparaciones, vemos á ese patriota aclamado por el pueblo, ocupar el puesto que le corresponde en el gobierno del soberano Estado que creará su patriotismo y su entereza, y cuyo aparecimiento esperó siempre con la fe inquebrantable de los grandes adalides, de aquellos que nos legaron una hermosa Patria cuyo recuerdo santo hace que se extremezca en lecho de esperanza el patriotismo que sufrí la tremenda pesadilla, espantosamente larga, que produjo en nosotros la espeluznante noche del desmembramiento criminal.

Al peso de las cadenas no se entumieron sus miembros; su energía, acumuló energías; se acrecentó su patriotismo y fruto de ello fue su protesta viril ante las huestes del imperialismo rastrero; y su incansable actividad en el logro de los medios materiales para acrecentar el patrimonio público, indispensable

para el engrandecimiento de la explotada provincia, que ya necesitaba de nuevos atavíos, para dejar el claustro y lucir la esplendente belleza con que apareció á la curiosa espectación del mundo.

Y cumplió su misión el patriota; y Rodríguez el ciudadano probo, sintió en su pecho las delicias del deber cumplido; no envenenó su alma con mezquinas pasiones, cayó sobre su nombre y sus merecimientos la escarcha del indiferentismo; pero al calor de los recuerdos la nieve se ha deshecho y ante aquella figura radiante de honor y de grandezas cívicas, se detienen las generaciones presentes; la gratitud prende como una antorcha ante el salvadoreño ilustre, que aparece hoy como el perfecto tipo del más acendrado patriotismo; y hace que al irresistible imán de sus merecimientos, se agolpen las multitudes y el aplauso espontáneo resuene, esplendente y magnífico.

\*  
\* \* \*

### Domingo Antonio Lara

Tras largo eclipse de inexplicable olvido, vemos aparecer radiosa la atrayente figura de don Domingo Antonio Lara. Hay en su porte la altivez de los antiguos criollos; tiene su rostro varonilmente hermoso rara mezcla de dureza que impone, de gracia que fascina, de bondades que atraen y en todo su conjunto, mucho que llega al alma y nos recuerda nuestra ingratitud y nos muestra el pasado glorioso de la patria perdida. El lineamiento caprichoso de sus cejas, se diría que retrata su historia; es una pincelada de angustia en el cuadro de la varonil energía; en su recta y vigorosa nariz está estereotipada la provocación franca; y hay en la lumbrera de sus ojos desbordamientos de honradez y firmeza. Tras sus delgados labios se diría que está en acecho un cumplido del caballero decididor y galante; su frente amplia y límpida nos dice mucho de su fisonomía interior; hay en sus rojizos cabellos reflejos de aquel fuego en que templó su alma de patricio cuando por redimir á su Patria paso sobre la hoguera de los infortunios y soportó con estoicismo los pesados grilletes con que lo torturó la Monarquía.

Ese correcto caballero de nuestra edad de oro, es el joven rebelde de 1811; es el reincidente magnífico de 1814, que con sus hermanos los libertadores, firme y activo siempre, cae en noche trágica, traspasado del vientre por las balas de los liberticidas. Es quien selló con su sangre aquel hermoso pacto que se cumplió al fin gloriosamente en 1821. A ese paladín glorio-

so lo halló el sol de los libres cargado de cadenas todavía; encontró la aurora de la redención en Santa Ana, donde con la libertad que era para él más que la vida, recibió el abrazo de Delgado y las congratulaciones del triunfo de su causa, en arrebatadoras palabras de aquel Patriarca de nuestras libertades.

Ese apuesto doncel, es el valiente Alcalde que agitó las iras populares y estuvo al frente de este pueblo glorioso en la homérica lucha que terminó en Gualcinco á los golpes de maza del servilismo criminal!

Esa es á grandes rasgos la personalidad conspicua de ese varón insigne que sobre todos sus merecimientos tuvo el mérito de sustraerse de las luchas de partido; y así amargada su alma ante las desventuras de la angustiada Patria cuyos hijos se despedazaban, lo vemos recluírse en la heredad de sus mayores, huyendo de los triunfos efímeros, y de que á los inmarcesibles lauros de su frente llegan las salpicaduras de sangre centroamericana, derramada por causas más ó menos fútiles que debieron orillarse y que desgraciadamente, explotó la preponderancia y el orgullo, dando por funesto resultado, lo que nunca lamentaremos lo bastante, el aniquilamiento de aquella Patria libre y grande que surgió al esfuerzo prepotente de sus ilustres hijos que ahora glorifica la historia.

Ved en ese ciudadano modelo una lección hermosa de grandeza de alma. No se empequeñeció su figura con las embriagueces del triunfo, los aplausos que se le tributaron cuando el éxito ciñó los lauros á su hermosa frente, le llenaron el alma de satisfacciones legítimas; ellos eran una justísima retribución por sus inenarrables sufrimientos de patriota; pero ante esa ovación, su bien equilibrado espíritu permaneció sereno, firme, grande como lo había sido en los tremendos años en que el infortunio de su patria oprimida, pesaba más en su alma que la montaña de desdichas que le acarreó el santo afán de lograr el engrandecimiento de la patria querida.

Ved en esa legendaria personalidad todo lo que puede el verdadero mérito cuando á este van unidos la cordura y el desinterés. En Lara no cabían las bajas pasiones; su alma era una ánfora rebosante de bondades; en su cerebro privilegiado no podían tener albergue los mezquinos ideales; la aspiración suprema de su vida, fue la redención de la Patria y tras largos y espantosos sufrimientos vio clarear para ella las venturas con que soñó su fantasía. Vino después el ciclón y barrió con los grandes ideales: el patriota desapareció de la escena de donde se alejaba el honor. Su recuerdo casi llegó á perderse entre las lobregueces del tiempo y el imperdonable olvido de sus compatriotas; pero ha sonado al fin la hora de las reparaciones, y

hoy, los merecimientos del patricio, lo traen á ocupar el puesto preferente que le corresponde en esa falange gloriosa, timbre y preza de la Patria Centroamericana.

\*  
\* \*

## Los Padres Aguilares

---

Á despertar la admiración y el cariño, á hacer resonar el aplauso; á que reverentes se descubran todas las cabezas y que los corazones palpiten aceleradamente, á eso vienen ahora las augustas personas de los tres hermanos Aguilares.

Hay en torno de esos patricios, viejas notas de música sagrada que revolotean, sombras del derruido santuario, nubes de incienso que en espirales se remontan al cielo, junto con la plegaria nítida que cual paloma mensajera lleva hasta el trono del Eterno los ayes del pueblo esclavo, que, soñando en ser libre, muerde desesperado las cadenas.

Pero hay también junto á esos prestigios místicos, potentes gritos de protesta lanzados varonilmente en aquella época histórica del terror bustamantino.

Ved en ese anciano prócer de 69 años que se llamó don Nicolás Aguilar, un hermoso ejemplo que prueba elocuentemente que contra el entusiasmo que despierta en el alma el amor patrio, nada puede ni el cierzo helado de los años. Esa avanzada edad tenía el Cura egregio cuando en 1811 lo vemos aparecer en las filas de la gloriosa revolución libertadora. En ella aparecieron á su lado formando una muralla inexpugnable de virtudes, sus hermanos Don Vicente y Don Manuel.—¿Qué tenían, qué significaban aquellos humildes curas de pueblo, para que ante ellos se contuvieran las iras de la tiranía?—Tenían el escudo invulnerable de sus relevantes virtudes; significaban sus testas tonsuradas la veneración de este pueblo fanático por los merecimientos de aquellos tres patriotas, en cuyo pecho generoso encontraban alivio sus pesares, consuelo sus tristezas, remedio sus necesidades y aliento sus esperanzas.

Se detuvo ante ellos, sí, la furia de las autoridades reales, como se detenían las panteras del Circo ante los mártires cristianos; pero la importancia política que tenían aquellos Apóstoles del bien, hizo que el gobierno civil para ponerles mano solicitara la venia del Prelado; y ¡ah! los dos poderes se unieron para castigar á esos patriotas que cumplían las máximas de amor que predicara el Nazareno!

Don Nicolás, el anciano venerable, tuvo cárcel de espiona-



jes terribles; Don Vicente, el prócer casi ciego fué extrañado de la Vicaría; y aquel Don Manuel sublime, hijo glorioso de este suelo, guardó prisión estrecha hasta 1813, en que lo libertó el pueblo en un acto de soberana grandeza!

En 1814 vuelve á inflamar los pechos cuscatlecos el santo afán de las soñadas libertades patrias; y en las valientes filas de la rebeldía están los tres hermanos Aguilares ocupando el puesto preferente á que los lleva la elevada nobleza de sus almas indomables, que no sintieron temor ni ante el espeluznante crimen que privó de la vida á aquella ilustre víctima que se llamó el Doctor Don Santiago José Célis.

A causa de su firmeza en procurar las libertades patrias, no faltó sobre de ellos el peso abrumador de la mano de hierro que los oprimía.

Así murieron esos tres adalides, sin el consuelo de ver clarar la aurora de la redención del suelo patrio; rindieron la gloriosa jornada de su vida meritísima todavía en la noche espectral del vasallaje; amargados sus postreros instantes por la separación que les impuso el amo.

El último en morir fue Don Manuel, quien pensando en su patria exhaló su postrimer suspiro en Guatemala, el 25 de Mayo de 1819. No tuvo libertad el patricio ni en la hora suprema de la muerte; estaba en la Metrópoli, bajo santa obediencia, sufriendo esa espantosa enfermedad del alma que se llama nostalgia. Nostalgia por el rincón querido en que su cuna se meciera; nostalgia cruel que le mordía el alma, por aquella soñada patria que vino al fin radiosa con los vientos de la libertad á hacer una caricia á las tumbas de tan ilusres ciudadanos, tumbas gloriosas que ha borrado el transcurso del tiempo, y que nada significan porque de ellas salieron esos tres Apóstoles del bien que viven y vivirán eternamente en la historia y en la gratitud de sus conciudadanos.

\*  
\* \*

## Pedro Pablo Castillo

---

He ahí á un patriota cuyos merecimientos crecen á medida que transcurren los años.—Fue hijo de este suelo tan fecundo en figuras conspicuas en aquellos tiempos en que se forcejaba porque la Patria apareciera libre y grande como la concibió el patriotismo.

Ese Don Pedro Pablo Castillo cuyo recuerdo casi desapareció de la memoria de sus compatriotas aturdidos por el ruido

de los clarines y el diabólico chocar de las armas, en la matanza fiera de nuestras envidiables energías, es el mismo que en 1811 se ablió á la causa hermosa de la redención del suelo patrio.

Hay en su figura todos los prestigios que se atrae el desinterés, el heroísmo y hasta la ingratitud con que fueron pagados sus esfuerzos por ver aparecer la ansiada Patria.

Bien pocos son los datos que se tienen de tan ameritado personaje histórico; pero todos los historiadores han estado acordes en afianzar sobre su frente esos inmarcesibles lauros con que aparece resonante y glorioso su prestigiado nombre en esos dos atrevidos movimientos de 1811 y 1814, en que esta tierra heroicamente convulsiva cuarteó hasta las almenas el grandioso baluarte de la Monarquía española en América.

Fué un demoledor incansable que nunca se echó al hombro la píqueta. Fué el más rebelde en aquella pequeña agrupación de patriotas. Entró con gran cautela á laborar por la grandeza de este suelo; pero ensanchó de tal manera sus trabajos por los nuevos ideales, que descubierto el plan es tenazmente perseguido el heroico patricio, y acorralado al fin por los corchetes de la tiranía, no siente ante ellos flaquear su valeroso espíritu; y sin tomar en cuenta la pereza ni el número de sus raptores, ruge aquella alma genuinamente sansalvadoreña; y el rebelde indomable que prefiere la muerte á doblar la cerviz ante el yugo opresor, entra en lucha desigual y magnífica y se tñen sus manos con la sangre del realista Zaldaña á quien quita la vida en lucha franca y leal.

Aquella sangre que derramó el glorioso insurgente, fué la tinta con que se firmó el exterminio del patriota. Se puso á precio su cabeza; se le persiguió sin descanso; se le arrebataron sus bienes; y por último aquel valiente soldado de la Libertad ante el fracaso de 1814, tras sufrir el dolor que le causaba la muerte de su amada compañera, deja con el corazón transido de amargura los huérfanos hijos de su amor, sus tan amados patrios lares; y va á morir obscuramente á la lejana isla de Jamaica.

De allá viene en el día de las reparaciones su recuerdo glorioso acompañado de las amarguras indecibles que el proscrito sufriera.

Viene á recordar á los Centroamericanos lo que costó el advenimiento de la patria en que soñara la grandeza de miras de aquellos bendecidos patriotas, entre quienes luce la gallarda figura de Don Pedro Pablo Castillo, ornada por los lauros de la gratitud y las palmas del martirio que le acarreó su patriotismo.

## Manuel José Arce

---

Debo decir algo de este centroamericano distinguido; los lazos de la sangre no tienen fuerza suficiente para atajar las frases que hoy le consagra el patriotismo.

No se empequeñece su figura histórica ni con que recuerde yo los merecimientos del patriota que se puso todo entero al servicio de su patria; de aquel que soportó con entereza todos los sufrimientos, todas las amarguras, todas las injusticias! de aquel de quien dijo con verdad un escritor "que en las luchas de encontradas pasiones todos los tiros al cruzarse lo herían"; de aquel esclavo únicamente del deber que violentó los sentimientos más caros de su alma por no apartarse un ápice del sendero que el honor le trazara; de aquel, en fin, á quien mordió la angustia 6 años en las masmorras reales y 14 arrojado de su patria querida! -- Toda una existencia de dolores! -- ¡Veinte años de recorrer la vía-láctea de los sufrimientos! -- Y, después, la miseria, el insulto, el olvido en pago de sus innegables merecimientos de patriota!

No altero nada al extraer la vida del patricio cuya gloria tanto se ha discutido; pero al fin los odios se aplacaron, la Historia imparcial dictó su fallo justiciero; y triunfante hoy la figura de aquel soldado de la democracia, recibe los lauros que le consagra la Patria agradecida á través de una centuria que nos recuerda su aparecimiento en la lucha por la Libertad, que fué á la vez el doloroso principio de sus desventuras.

No puntualizaré en su larga foja de servicios, porque ella se halla escrita en la conciencia pública; pero sí quiero decir muy alto, con orgullo digno de él: que subió á las cumbres del poder en la opulencia y murió en la miseria; que respetó la libertad del ciudadano, hasta el punto de permitir á un militar al servicio de la Federación, que pasara á formar en las filas que la combatían; que en su Administración no hubo un centroamericano en el destierro; que su mano no firmó jamás una sentencia de muerte; y que su magnanimidad era tanta, que hizo que Pierson al subir al cadalso dijera estas bellas palabras: "díganle á Arce, que muero con la convicción profunda de que si él se encontrara en el mando, no se me fusilaría".

Ese era el patriota, ese era el hijo ilustre de San Salvador, ante quien hoy se descubren reverentes sus conciudadanos que baten palmas á los libertadores de la Patria Centroamericana, de aquella hermosa entidad política que volverá mañana á la vida, tan pronto como el patriotismo le diga: ¡Madre amada! ¡Levántate!

## Los olvidados

---

He dejado para últimos en las presentes líneas los nombres de dos próceres de 1811; ellos son don Francisco Moles y don Carlos Fajardo. Sobre esos dos patriotas se extienden para mí las sombras del misterio y al consagrarles un recuerdo, quiero ponerlos entre los ignorados por completo, con aquéllos valientes hijos del pueblo que en 1814 murieron en las alturas de la Vega y cuyos nombres se han perdido para siempre; pero para quienes guarda la Patria agradecida una mención de honor y el patriotismo lágrimas para sus tumbas ignoradas.

PEDRO ARCE Y RUBIO.

---

## JUAN MANUEL RODRIGUEZ

---

El 5 de Noviembre de 1811 en unión del Padre Delgado, don Manuel José Arce y don Nicolás, don Manuel y don Vicente Aguilar, dieron el primer grito de independencia en Centro América. Como se sabe, aquel movimiento aunque llevado á cabo con éxito en esta capital, no fué secundado por otras poblaciones importantes invitadas al efecto y terminó llenando de gloria á los patriotas y sin causar el más pequeño mal ni en la vida, ni en la propiedad de los particulares.

En 1813, Rodríguez en unión de don Miguel Delgado, hermano del Padre, y del Dr. Santiago José Celis, trabajaba por la libertad, reuniéndose secretamente en casa del primero y poniéndose de acuerdo con el gran Morelos de México. Por este motivo fué estrangulado más tarde el Dr. Celis, pues su firma encontrada en documentos reveló el plan y todos sus secretos.

Electo en ese año por el pueblo, 1er. Alcalde Constitucional del Ayuntamiento de San Salvador, fué defensor de los derechos del pueblo, pues con todo valor y entereza pidió al Gobernador Intendente, don José María Peinado, la libertad de los presos que existían por motivos políticos injustos y entre los cuales había Alcaldes de los Barrios. Acompañaba al prestigiado Rodríguez poco después el pueblo en masa de San Salvador y de todos sus alrededores. El Intendente tuvo que ordenar la libertad de los detenidos.

Manuel José Arce y Juan Manuel Rodríguez, al frente de cerca de 5,000 hombres desarmados, trata de hacer frente al go-

bierno colonial y hay muerte y corre sangre frente á la Iglesia de San Francisco, hoy cuartel de Artillería y en las alturas de la Vega ó Barrio de Remedios. El pueblo amenazó y estuvo firme en los días 24, 25, 26 y 27 de Enero de 1814. Arce y Rodríguez deliberaban en casa del cura propio de San Salvador, Prébitero José Nicolás Aguilar, que llena de gloria á Tonacatepeque con su nacimiento.

Pero pueblo sin armas al fin es sujetado y al referido movimiento suceden las prisiones de Miguel Delgado, Juan Manuel Rodríguez, Pedro Pablo Castillo, y demás miembros del Ayuntamiento, Santiago José Celis y en seguida las de Manuel José Arce, Mariano y Domingo Lara y Juan Aranzamendi. Se recomienda por las autoridades del Reino, el arresto de los padres José Nicolás y Manuel Aguilar y la expulsión del Padre Vicente Aguilar.

José Méndez y Quiroga, Jefe expedicionario enviado al mando de una fuerza militar por el Capitán General del reino, hace extrangular en la prisión al prócer Dr. José Santiago Celis, mártir ilustre de la libertad!

Juan Manuel Rodríguez y Manuel José Arce, permanecieron presos desde 1814 hasta 1820.

Proclamada la independencia en la ciudad de Guatemala el 15 de Septiembre de 1821, se hizo el 21 de Septiembre, la proclamación de la misma, en la ciudad de San Salvador.

El Padre Delgado se encargó del puesto de Gobernador Intendente, presidiendo la Diputación Provincial, cuyos vocales fueron, Manuel José Arce y Juan Manuel Rodríguez.

Como bien se sabe tuvo lugar la anexión al Imperio Mexicano de Iturbide y terminada esta y restablecida la Independencia absoluta en 1823, don Juan Manuel Rodríguez se hace cargo en Enero de 1824, del mando político del Estado del Salvador. Y aquí comienza su árdua tarea de organizar el país, acompañándolo en sus primeros pasos.

El 6 de Febrero habilita el puerto de La Libertad.

El 14 de marzo instala solemnemente el primer Congreso Salvadoreño, presidido por el ciudadano José Mariano Calderón, leyendo Rodríguez el primer Mensaje que encierran nuestros anales políticos.

El 29 de marzo se decretan premios y condecoraciones á los servidores de la patria.

El 25 de mayo se pone en práctica el decreto de abolición de la esclavitud, pero sin indemnización á los dueños de esclavos.

El 12 de junio se decreta la primera Constitución del Salvador, dividiéndolo en los Departamentos de San Salvador,

Sonsonate, San Vicente y San Miguel, subdividiéndolos en 20 distritos, Rodríguez fué pues el fundador de este Departamento y de este Distrito.

El 13 de junio se habilita el puerto de La Unión.

El 4 de julio se jura y publica la Constitución del Estado.

El 31 de julio se publica el primer periódico habido en el país llamado «Semanario Político Mercantil».

El 2 de agosto, instala la primera Corte de Justicia del Estado, seguida de todos los tribunales inferiores.

De acuerdo con la Constitución, ordena que se practiquen elecciones y el pueblo con toda libertad, dá sus votos para Jefe al ciudadano Juan Vicente Villacorta y para Vice-Jefe, al ciudadano Mariano Prado.

Rodríguez atiende todo: Municipalidades, Ejército, Policía, Escuelas, Caminos, Comercio, Agricultura, Industria, Rentas públicas, Relaciones con los otros Estados y abrumado de tanto trabajo entrega el mando político del Estado el 1º de Octubre, al Vice-Jefe don Mariano Prado.

Rodríguez se retira á la vida privada, con la satisfacción de haber cumplido con su deber. Su nombre queda limpio y la historia dice de él, que fué amante de su pueblo, amigo de la libertad y del progreso, honrado modelo y sin ninguna clase de ambiciones.

Y Juan Manuel Rodríguez era originario de San Salvador, que tiene la gloria de haber producido este pequeño Washington, que figura entre los primeros en la lucha por la libertad, en la paz y en el corazón de sus conciudadanos, por haber sido bueno y desinteresado como ninguno, pero su memoria brilla con rayos de intensísima luz en los anales de nuestra patria historia.

Para el hombre modesto y desinteresado esto es suficiente: sobre su humilde y olvidado sepulcro, se ostenta orgullosa la corona de laurel del patriotismo que tanto estimaron los antiguos y libres griegos, y su verdadero monumento es su nombre recordado con cariño y veneración por la gratitud nacional.

Nuestra Municipalidad á excitativa de la Gobernación Departamental, se propone formar en la plaza de San Jacinto, un Parque con el nombre y el busto de este esclarecido ciudadano.

San Salvador realizará un acto de justicia, con el que tanto luchó por su libertad y acompañó al país en los primeros pasos de su infancia política.

JOSE MARIA S. PEÑA.



## ENSEÑANZA CIVICA

---

Si el sentimiento patriótico que abrigaban nuestros próceres, hubiera seguido animando el espíritu de los centroamericanos, muy distinta sería la suerte de los países de la América Central.

Ha faltado á los hijos de esta hermosa sección del nuevo mundo, abnegación y verdadero amor á la patria y á las buenas causas.

La enseñanza constante del patriotismo sincero de nuestras libertades, influiría poderosamente en la mejora de nuestras instituciones y del caracter de los ciudadanos.

FRANCISCO MARTINEZ S.

---

## PASADO Y FUTURO

---

Cien generaciones devinieron en esta ubérrima Nación en cien años, y con ellas cien guerras civiles echaron un rojo manito sobre nuestras bellas campiñas. En el frágor de las lidellas familias combatieron á las familias, los padres á los hijos, los hijos á los padres: lucharon «leones contra leones,» y en tan enorme devastación, el dolor ahondó cada vez más en el seno de las sociedades; las pasiones y ambiciones agigantándose, trocaron en eriales las conciencias y los campos; el trabajo—débil luz á merced de recia tempestad—fué estrujado y perseguido por la insaciable codicia de los caciques; y la inteligencia, único bien del hombre, sin hogar, ni protección, casi sólo ha dado flores de pantano en pro de ridículos pretorianos de fortuna, y una que otra anémica florecilla que adorna el sacro altar de las Ciencias y las Artes.

De súbito cambia el cuadro; todo un pueblo resucita, mira al pasado y medita con profunda vergüenza; ve el porvenir y presente su regeneración, y limpia y prepara sus herramientas para hacerse un ancho espacio en el colosal medio del trabajo humano.

El Centenario es una poderosa evolución; nuestros pueblos, en esta vez, clavarán el hacha y la lanza y las flechas ensangrentadas, ya no se hartarán de sangre hermana, ni moja-

rán sus armas en la sangre del corazón de sus padres (1), nuestros pueblos irán á la paz, pero á la paz que significa el imperio de la justicia humana dentro de sus límites más perfectibles.

ED. ALVAREZ.

---

## PENSAMIENTOS

---

La ruptura de la Unión de Centro-América es contraria á los sentimientos de los Próceres de nuestra Emancipación Política, y siendo eso así, lo mejor que el patriotismo puede hacer en homenaje de aquellos ciudadanos inmortales es la reconstrucción cuanto antes de la Patria que nos legaron. Más la realización de tan magna obra impone la de otra previamente: la extinción *de cierto localismo*, que desgraciadamente reina en algunos de los países centroamericanos, es decir, la de procurar hasta conseguir que los centroamericanos seamos guatemaltecos en Guatemala; salvadoreños en El Salvador; hondureños en Honduras; nicaragüenses en Nicaragua y costarricenses en Costa Rica. Hecho eso la Unión de Centro-América sería estable, porque llegaría á tener por base el afecto recíproco de todos los centroamericanos.

L. CEVALLOS.

\*

Si los hombres desde hace cincuenta años hasta la época, hubieran tenido firmeza de carácter y perseguido siempre el ideal de aquellos próceres de nuestra independencia en 1811, otra suerte correrían los cinco girones de tierra centro-americanos.

M. A. VILANOVA.

\*

La independencia de Centro América era una necesidad según los fueros del hombre libre, y una evolución natural en el orden de los progresos humanos. Pero los ideales necesitan muchas veces encarnarse en caracteres de temple superior, porque sin éstos pasan los siglos y no llegan á realizarse. Imprecedera gratitud á los próceres del 5 de noviembre de 1811, quienes á la faz de las naciones, dieron el primer grito de independencia.

---

(1) Recuerdo de la Historia de la Araucanía.



Glorifiquemos sus nombres sublimes y seamos herederos no solamente de Centro-América libre, sino también del puro patriotismo que inspiró sus nobles corazones, y sigamos el derrotero marcado por la justicia y el derecho, porque merecen respeto los pueblos que viven la vida de la civilización.

Matías Delgado, Nicolás Aguilar, Juan Manuel Rodríguez y demás varones ilustres, representantes del sentimiento centroamericano en 1811, la posteridad venera vuestra memoria y os digne el culto debido á los Padres de la Patria!

S. EDUARDO.

Celebramos en estos momentos la venida de los primeros rayos del Sol que nació el 5 de Noviembre de 1811, precursor de la Independencia, declarada el 15 de Septiembre de 1821, en la América Central. La Libertad de un pueblo que ha estado bajo la tutela de otro, no es más que la reivindicación de los derechos naturales de las personas que forman ese pueblo, para conseguir sus fines racionales á que ha sido destinado por la mano del Omnipotente. Luchar, pues, por obtener esa libertad es lo más santo y sagrado que el hombre de sentimientos sinceramente patrióticos puede hacer; y por eso es que hoy rendimos culto y gratitud hacia aquellos hombres como los Delgado, Arce, Aguilar y Célis, quienes batieron las palmas del martirio por redimir nuestros propios derechos, con el fin de formar una Patria digna, grande, próspera y feliz, en este suelo privilegiado por la Divina Providencia, con la multitud de elementos de que dispone y sobre todo de los dos grandes mares que bañan sus costas. ¿Cuántos desengaños, decepciones y sufrimientos no tuvieron aquellos hombres por conseguir lo que en justicia se debía á Centro América? Debieramos y aun debemos ver con tristeza que sus esfuerzos y sacrificios, no han sido secundados ni correspondidos por nuestras generaciones porque no hemos formado una sola Patria, y queda á las futuras la dicha de realizarla y de ver en no lejano día que se celebre otro acontecimiento histórico, la Unión Centro Americana.

FRANCISCO GUEVARA CRUZ.

La mejor glorificación que el pueblo centroamericano debe hacer á los próceres de la independencia nacional, consiste en el propósito firme de conservar incólume y sin mancilla la obra grandiosa que nos legaron aquellos varones esclarecidos.

Acaso la enseñanza cívica, sabiamente impartida en todos

los centros de educación, sea un factor poderoso para mejorar nuestra condición social, procurando formar verdaderos patriotas que luchen con fe por la cultura de estos pueblos, llamados por su destino á constituir una nación grande y feliz.

ADRIÁN GARCÍA.

\*

La figura luminosa y santa del Padre Delgado se destaca hermosa y esplendente en las páginas de la historia. — Ese hombre nacido solo para el bien, dejó regueros de luz á su paso por el mundo y su alma portentosa y magnífica, como su cerebro de genio, los consagró siempre á las prácticas más puras de su misión de Sacerdote y los ponía también y á cada instante al servicio de la libertad de Centro América.

Carácter de acero, inflexible y severo en la lucha, el padre Delgado combatió siempre por la independencia de su patria.

Cuando Centro América fué libre y el padre Delgado acariciaba con deleite su obra, las huestes imperiales de Iturbide se extendieron sobre el territorio de la nueva República, queriendo aprisionarla, y fué entonces cuando el padre Delgado llegó á la sublimidad de su gloria.

El que fué el creador de la libertad en Centro América se convirtió en baluarte inexpugnable de la República. — Su pecho fué el escudo donde se estrellaron las armas imperiales.

Bien hace el pueblo de El Salvador, en glorificar al más ilustre de sus hijos; *deuda inmensa de gratitud* es esta de un pueblo á quien tanto amó.

R. V. CASTRO.

## DON MANUEL JOSE ARCE

Para «La Universidad»

En la personalidad de este salvadoreño distinguido, hay material bastante para hacer de ella diferentes y detenidos estudios, pues en todos los aspectos reviste una importancia que habla muy alto en favor de la brillante época en que le tocó figurar.

De Arce, pueden tratarse en tono heroico sus hechos patrióticos que lo colocan á una gran altura, porque en ellos no se sabe que admirar mas, si su desprendimiento ó el heroísmo que se palpa por decirlo así, en muchos episodios de su vida, que reclaman en conjunto y aisladamente las hosannas de la epopeya.

No era un soldado tumultuoso que inconsciente corriera desatentado tras el éxito efímero de un mesquino laurel con que adornar su frente. Los cascos de su corcel de guerra hollaron las niveas flores que á su paso tendiera el éxito que alcanzara su heroísmo; y cuando después la victoria veleidosa le negó sus favores, á falta de laureles, recubrieron su marcial continente los lampos impecables del honor; mezclados para realzar aún más su figura, con los crespones del sacrificio que se impusiera al violentar los sentimientos más caros de su alma.

Yo admiro mas al Gral. Arce ante los fosos infranqueables de Milingo, que en la tan decantada y aplaudida victoria de Arrazola. Lo admiro más cuando resuelto le mete piernas á su fogoso bridón y lo hace saltar sobre los parapetos en que se estrellara su denuedo, que cuando vuelve á su Palacio entre las aclamaciones de un pueblo delirante donde ya resonaba la nota de las miserias lugareñas!

Lo admiro en los combates de Febrero de 1823, con la admiración, que causa todo lo grande, todo lo bello; pero más me seduce su figura radiante cuando entra victorioso á Nicaragua sin dejar tras de sí un solo ¡ay! doliente de los egregios soldados salvadoreños que lo acompañaron en aquel espléndido triunfo del talento y la energía.

Lo veo cruzar el territorio de la patria, buscando hacia Belice, cuando sucumbió gloriosamente el ejército de los republicanos, y en el trotar de su brioso caballo me parece oír resonar las dianas de Casa Mata.

Va el vencido glorioso á preparar otra embestida para la monarquía triunfante, porque no se considera vencido, porque tiene fe ciega en la grandeza de su causa y demasiado sabe que no puede prevalecer la iniquidad que por un momento eclipsara los brillantes rayos del sol de la justicia.

Yo admiro grandemente al revolucionario de 1811; me entusiasmo ante el arrojado insurgente de 1814, que arrostra todos los peligros imaginables por lograr el triunfo de su causa gloriosa; pero si mi entusiasmo es mucho por quien penetra solo al foco del realismo triunfante á tratar de la rendición de aquel baluarte en que se halla parapetado el servilismo; si me gusta Arce en esa brillante jornada aún más me atrae su figura vista á través de los abismos de las Cárcel Reales, donde pasara con la cabeza altiva 6 largos años de su florida juventud, soportando el peso de todas las amarguras en su inhumano cautiverio,

Pero no es mi intento deleitarme en la recordación de su fisonomía épica, porque sobre este punto se explica todo con

decir que aquel indómito soldado tenía el alma retemplada al fuego de los mayores infortunios que sufrió por la Patria.

\*  
\* \* \*

Bueno es echar una rápida ojeada sobre el mandatario. Quiero contemplar un momento al hombre civil que animado de las mejores intenciones llega á las cumbres del poder público, al candoroso provinciano á quien llevan á la curul las credenciales de una larga foja de servicios prestados para lograr el bien de la patria, y que arranca de entre las sombras del coloniaje, desde el momento preciso en que apareciera la chispa redentora en aquel glorioso 5 de Noviembre de 1811 en que por vez primera contempla Centro América clarear la lumbre de la Libertad.

El iluso patriota juzga por sí á los hombres, no concibe su honrado corazón que haya perfidia en los que le rodean; pero ¡ah! bien pronto el que sufriera las torturas del cuerpo bajo el grillete de la tiranía, siente en su alma la decepción de ver que todos sus afanes se estrellan en la roca de la perfidia criminal. Busca los medios de conciliar los ánimos, pero no acierta á hallarlos y convencido de que no puede haber consorcio entre los anhelos del patriotismo y el pérfido talento que persigue la ruina de la Patria, deja la sombra del solio, se ciñe otra vez la espada y va á engrosar las filas de los que sostienen con el arma al brazo el reinado del orden. Su figura en esta vez se atrae todos los prestigios, desaparece el triunvirato y Arce es llevado á ocupar el solio presidencial en 30 de Abril de 1825 mas ya el 24 de Junio de ese mismo año el espíritu de discordia se agita y parapetándose en nimiedades trata de amontonar obstáculos al orden y sobre sus barreras se agita el mezquino estandarte del separatismo.

Las dificultades crecen de momento en momento; la ruina llega á armar el brazo de los enemigos del orden, Arce los sujeta, pues no descarga sobre ellos el peso de la ley y su magnanimidad hace crecer el tumulto. La revolución estalla en el Congreso; la intriga hace prender la hoguera de la rebelión en todos los confines de la Patria, y entre aquel maremagnum de pasiones hirvientes Arce trata aún de que un Congreso Federal entienda en los acontecimientos; pero la Corte Suprema de Justicia, formada por hombres manchados que se habían dado á conocer mezquinamente entregando la patria al poder del Imperio, se encara al Presidente Arce con el célebre acuerdo de 2 de Mayo de 1826, para cerrar con sus sofisticas ritualidades la única puerta por donde podían entrar la cordura y el orden.

De aquellos acontecimientos á la fecha van transcurridos 85 años, tiempo sobrado para que se aplacaran las animosidades; y sin embargo todavía, después de tanto tiempo, ha habido un distinguido escritor guatemalteco que aplauda aquel acuerdo de la Corte que vino á apagar la luz de la esperanza en el entenebrecido cielo de la Patria.

El gobernante probo entre aquel tumultoso oleaje de miserias, constituía un obstáculo en que se estrellaban los designios criminales; era por lo tanto necesario quitarlo, pero para ello no era conveniente acorralar el león; para semejante empresa se requerían alientos de titán y era más fácil conseguir el éxito poniendo en juego la perfidia, que logró al fin realizar los menudados designios que se proponían.

El honrado y patriota mandatario deja el sillón presidencial, la tempestad se desencadena con más furia, los odios se exacerban en los fragores de la lucha y aquel torbellino arrebató al mandatario y lo lanza al destierro «por un golpe de despotismo que les sugirieron sus manchadas conciencias, para evadirse de la vergüenza y del comprometimiento á que debía reducirlo la franca y enérgica manifestación de un hombre que con la prueba en la mano les había dicho: *vosotros violásteis la ley, vosotros os revelasteis contra la patria: vosotros auquilasteis al gobierno: vosotros habéis desterrado la virtud y habéis propagado el vicio: vosotros habéis, por último, dado la muerte á Centro América; yo empero, porque soy el que se ha esforzado en contrastar vuestros inicuos pasos*». Tales son las palabras del primer Presidente de la República Federal de Centro América.

\*  
\* \*

Hemos estudiado al General Arce, aunque muy rápidamente, como soldado de la libertad y como gobernante desafortunado, que incapaz de negar sus servicios cuando la Patria se los exigía, cayó envuelto en los fragores de la lucha que lo privó de las auras de la Patria durante 14 años; pero que no pudo hallar en su conducta publicar ni la mas leve mancha.

Veamos ahora á ese esclarecido patriota en el aspecto que nos ofrece su privilegiada intelectualidad.

Fue en las aulas del renombrado Colegio de San Borja uno de los alumnos que más descollaron en los estudios de los autores clásicos de la más florida latinidad; adquirió conocimientos sobre varios ramos del saber humano; profundizó bastante en los estudios filosóficos; siguió lucidamente varios cursos de medicina y cuando dejó los estudios de la ciencia de Hi-

pócrates, porque la Patria requería el esfuerzo de su brazo, trocó los libros por la espada; y no queriendo ser un militar adocenado, se aplicó á los estudios de la guerra, con tal fruto que el Coronel Raoul que era un táctico distinguido, tuvo frases de elogio para el militar improvisado á cuya penetración no se escapaban los juegos estratégicos con que se pensara confundirlo.

Al General Arce, le eran familiares muchas de las obras de los enciclopedistas franceses; conocía las obras filosóficas de Rousseau y de Voltaire; nutrió su cerebro con todos los adelantos de la época y su criterio sereno no se deja deslumbrar permaneciendó firme en sus convencimientos sin llegar nunca á las filas del sectarismo.

Su palabra era fácil y elegante, sus conceptos precisos no rebuscaba las frases de oropel; en su dicción correcta las figuras brillantes brotaban espontáneamente, con soltura, con elegancia; con sencillez, con gracia.

Para convencerse de que soy justo al apreciar como se debe el valor literario y la erudición de ese ilustre prócer de nuestras libertades, basta tomar al acaso cualquiera de las brillantes páginas de su «Memoria»; por ellas se verá la solidez de sus raciocinios, lo nutrido de sus conocimientos en muchas materias y en especial en la ciencia jurídica en la que se nota haber hecho serios y detenidos estudios; pero sobre todo se verá por ellos confirmado lo dicho por uno de sus biógrafos, el Dr. Víctor Jerez que dijo de él «que era ardoroso en el combate y docto y sereno en el consejo».

Las páginas de ese libro de nuestro compatriota á pesar de haber sido escrito en 1830, pueden presentarse como modelo de correcta dicción, parecen escritas en nuestros días, están vestidas á la moderna; ellas guardan y nos transmiten las vibraciones del alma del patricio; sus arrebatos, su candorosa buena fé, su franqueza, su honradez y las rectas intenciones que lo animaron, en todo los actos de su vida pública.

Y no sólo en las páginas de ese libro puede admirarse la intelectualidad de tan distinguido salvadoreño; su renuncia de miembro del gobierno es una verdadera joya literaria; pero además hay muchas cartas de aquel patriota en donde ha quedado grabada, por decirlo así, la fisonomía interior de su intelecto y la complexión vigorosa del alma de aquel patricio que ha dejado destellos luminosos de todo género en las brillantes páginas de la Historia, que conserva su nombre en el puesto glorioso que le corresponde por sus virtudes, por su valor y por su inteligencia.

PEDRO ARCE Y RUBIO.

---

BIBLIOTECA NACIONAL, HEMEROTECA  
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



## AVISOS DE LA REDACCION

---

“**La Universidad,**” de extensa circulación, ofrece á los PERIODICOS ILUSTRADOS que acepten el canje, un espacio en cada número para su correspondiente aviso. También lo ofrece á las casas editoras, autores y librerías que obsequien á esta dirección, con obras científicas ó literarias. Este periódico publicará únicamente avisos de interés científico ó literario. —Precios convencionales.

**Se solicitan** datos biográficos de las personas originarias de El Salvador, que se hayan distinguido en las ciencias ó en la literatura, y de las personas, naturales ó extranjeras, que de cualquiera manera hayan contribuido eficazmente á la difusión de las luces.